

# Nuestro “filósofo de la praxis”

**Prólogo de Eduardo Rinesi al libro *El Hereje. Apuntes sobre John William Cooke* (Buenos Aires, Colihue, 2024) de Miguel Mazzeo.**

Publicado por primera vez hace algo menos de una década, y vuelto a poner en circulación, en una edición digital y con un par de capítulos añadidos, algunos años después, *El hereje* es ya, a esta altura de las cosas, una referencia fundamental entre los estudios sobre la figura, el pensamiento y la acción política de John William Cooke. Han contribuido a ello, sin duda, el amplio conocimiento de Miguel Mazzeo sobre los distintos capítulos de la vida de Cooke (de quien incluso es responsable de haber editado una cantidad de “textos trasapelados” del más alto interés para una comprensión de conjunto de su legado) y también la fuerza de la hipótesis que subtiende todo el recorrido que se despliega en este libro, que es la de que, como se anuncia desde el título, la figura de Cooke puede ser pensada como la de un hereje, un disconforme, un heterodoxo. Y no de una sola iglesia, dice Mazzeo, sino de dos: de la del peronismo, en relación con el cual ya ha sido señalado muchas veces, y volvemos a leer en estas páginas, que Cooke siempre insistió en establecer una diferencia (en *estar en diferencia* –para usar una fórmula que Mazzeo recupera de Horacio González–, pero sin que esa diferencia lo llevara fuera del corazón mismo de aquello de lo que se diferenciaba), y de la del marxismo, cultura en la que Cooke estaba –dice Mazzeo– “inmerso”, pero sin que esa inmersión lo llevara al rechazo casi de principio de una experiencia nacional-popular que las izquierdas argentinas siempre consideraron con el mayor de los recelos.

Por eso en el libro de Mazzeo abundan, en relación con el peronismo y con el marxismo, los adjetivos: porque a Mazzeo le es necesario señalar con *qué tipo específico de peronismo* (y a ese peronismo Mazzeo lo califica de muchos modos: como oficial, burocrático, nacionalista, burgués, populista) buscaba Cooke establecer su diferencia, levantar su heterodoxia o su herejía, y de *qué tipo específico de marxismo* (que Mazzeo reputa viejo, tradicional, ortodoxo, dogmático, iluminista) se trata de tomar distancia para valorar el efectivo aporte revolucionario de Cooke a las luchas políticas argentinas y latinoamericanas. Ese es el tema en este libro de Mazzeo, animado por una vocación polémica que sin duda lo vuelve difícil de aceptar sin muchas discusiones tanto por tirios como por troyanos, y del que aquí, en estos pocos párrafos de presentación, me gustaría destacar apenas el gran interés que tiene la perspectiva evolutiva, dinámica, con la que presenta esta –digámoslo así– *tensión constitutiva* del pensamiento de su héroe. Porque, en efecto, Cooke *llegaría* a estar, para volver sobre esta palabra que usa Mazzeo y que ya citamos, “inmerso” en una cultura marxista y de izquierda, pero lo cierto es que, como el propio Mazzeo nos muestra, no solo *no empezó* por estarlo, sino que incluso inició su jornada muy lejos de ese puerto: en las filas de un radicalismo alvearista y antipopular

desde el que su comprensión de las cosas iría mudando en sucesivas y no siempre lineales mutaciones. Y porque su relación con el peronismo, donde encontró la identidad más firme y constante de toda su carrera militante, tampoco estuvo libre de variaciones, vacilaciones y desencantos.

Una tesis fuerte de Mazzeo es que “en algún momento” Cooke dejó atrás a Perón como referente y como modelo y fue asumiendo, en contrapartida, una posición de izquierda más nítida y más decidida. Veremos enseguida cuál fue ese momento, o entre qué circunstancias en la vida de Cooke y en la historia política argentina y latinoamericana nos invita Mazzeo a ubicarlo. Pero es importante señalar que ni *antes* de ese momento de quiebre o de ruptura habían estado ausentes del pensamiento y de la acción política de Cooke los principios, los valores y las ideas teóricas del marxismo, que Mazzeo encuentra por el contrario muy presentes ya en los alegatos del joven Cooke en la Cámara de Diputados, ni *después* de ese momento dejarían Perón y el peronismo (incluso en sus versiones más burocráticas y menos “izquierdistas”: vale la pena leer los párrafos que dedica Mazzeo a las “ambigüedades” de Cooke en relación con la “burocracia sindical” en 1959 y con sus diferencias con el anti-vandorismo en el 63) de ser faros de decisiva importancia en la orientación política de Cooke. Es que ni el peronismo ni el marxismo (para insistir sobre estas dos palabras, que seguramente simplifican un poco demasiado la cuestión) son identidades firmes, constantes y sin variaciones en el curso de esta historia tan dinámica de la que aquí se trata, y es que tampoco es posible asociar de manera lineal a uno y otro con la opción por tales o cuales tácticas o vías de acción (reformista o revolucionaria, electoral o abstencionista, acuerdista o insurreccional), que por el contrario fueron variando y alternándose, de los dos lados de la línea que nos permitiría distinguir estas dos familias, en función de las distintas coyunturas y de las más variadas circunstancias.

Dos asuntos, del mayor interés en relación con estas evoluciones del pensamiento de Cooke, pueden señalarse en este punto. El primero es el interesante análisis que hace Mazzeo sobre los contenidos de la revista *De Frente*, que entre 1954 y 1956 orientó y dirigió (y seguramente escribió, en gran parte si no en su totalidad: no lo sabemos con exactitud, porque los artículos no estaban firmados) el “gordo” Cooke. Es muy importante esta revista, a la que hace muy bien en prestar atención Mazzeo, y sobre la que puede encontrarse un análisis muy detallado y preciso en el minucioso libro que le dedicó hace pocos años Cristian Gaude. Lo que importa en el análisis de Mazzeo es el señalamiento de la fuerte coincidencia entre el espíritu de la revista (que Mazzeo califica de policlasista, burgués, populista y anti-comunista) y el tono dominante en el discurso del peronismo oficial, lo que no impide que en los artículos de la revista se dieran cita algunas preocupaciones del más alto interés que señalan la apertura del pensamiento de Cooke hacia temas que encontrarán un despliegue más acabado en períodos posteriores de su desarrollo político e intelectual. Uno, el tema antimperialista, que en el Cooke de esos años se encara en una perspectiva *todavía* nacional-popular y no clasista, pero que no deja de anticipar algunos de los tópicos centrales de la retórica cookiana del período posterior. El otro, un asunto que también ha destacado Gaude en su análisis de esta revista: su fuerte

crítica a las burocracias, capaces de hacer fracasar las orientaciones políticas determinadas por el debilitado gobierno peronista (al que Cooke buscaba afanosamente defender) en virtud de cálculos mezquinos o de condenables intereses particulares. La crítica de la razón burocrática (título de uno de los capítulos de este libro) será un tópico importante en el Cooke de los años que vendrían.

El otro asunto que revela el dinamismo del proceso que describe Mazzeo es el de los tonos y las posiciones sostenidas por los distintos participantes en los debates en torno a las estrategias políticas del peronismo en los años más intensos de la famosa *Correspondencia* entre Perón y Cooke. Nos referimos al propio Perón y al propio Cooke, desde luego, pero también a otros protagonistas decisivos de esas discusiones, como el padre Hernán Benítez y los intelectuales “forjistas” Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz. Y lo hacemos para señalar el énfasis con el que Mazzeo subraya, en estos intercambios en relación con la cuestión de la legitimidad del uso de métodos violentos en la resistencia a la dictadura instaurada en el 55, la perfecta *sintonía* entre Cooke y Perón, cuyas posiciones *se oponían*, en este punto, a las de Benítez y a las de los forjistas. Igual de interesante es el subrayado de Mazzeo de que *fue Cooke* quien le insistió a Perón, en la coyuntura electoral del 58, en la conveniencia del acuerdo con Frondizi en lugar de cualquier inconducente abstencionismo, y en la común posición de los dos hombres frente a quienes sostenían, en sentido contrario, las tesis “insurreccionalistas” más radicalizadas. O sea: que en aquellos años ni Perón era amigo de los acuerdos y de las concesiones a la “canalla dictatorial” que parecían reclamarle, desde posiciones más consensualistas, los viejos radicales y el confesor de Evita ni Conductor y Delegado eran partidarios de abandonar la lucha electoral cuando veían en ello una posibilidad para la causa. A veces más quilombificadores (la conocida expresión es de Perón), a veces más acuerdistas, siempre discutiendo las alternativas en el inteligente diálogo que se expresa en esa famosa *Correspondencia*, los dos políticos parecen, por lo menos durante un tramo de la misma –porque es sabido, y Mazzeo lo subraya– que después las cosas fueron muy distintas–, compartir una misma manera de pensar las cosas.

¿Y entonces? ¿Cuándo fue que esta coincidencia de posiciones y este espíritu común se separaron para seguir dos caminos, si no por completo diferentes, por lo menos no exactamente coincidentes? Ciertamente un lugar común insiste en la influencia que sobre las ideas de Cooke tuvieron la revolución cubana de 1959 y su propio conocimiento de primera mano del proceso que empezó con ella. Y no hay duda de que hay mucho de cierto en eso. El propio Mazzeo caracteriza como un itinerario “de Perón al Che” el que siguen Cooke y su compañera Alicia Eguren (a quien está dedicado uno de los capítulos quizás más logrados de todo el libro) entre las décadas del 50 y del 60. Pero al mismo tiempo insiste en indicar que la experiencia cubana no le habría tanto “descubierto” como “confirmado” a Cooke la legitimidad de una opción política de izquierda que el político argentino, como ya indicamos, habría venido dando señales de abrazar desde muchos años antes. Como sea, es cierto que esa –digamos entonces– *corroboración* opera en Cooke un cambio en sus posiciones *y en su propia relación con el jefe de su movimiento* muy significativa. Ese

cambio en esa importante relación, que por cierto se produce *en las dos direcciones* (esto es: que Perón va perdiendo centralidad entre las referencias de Cooke, pero también, y al mismo tiempo, que Cooke empieza a perder gravitación sobre Perón y, por decisión de Perón, sobre el peronismo), ha sido caracterizado de modos muy diversos, que van desde el lamento por el “desvío” de un Cooke que parecía haber dejado de creer en la superior clarividencia de su “Querido Jefe” hasta la celebración la lucidez con la que por fin se habría desprendido de la pesada venda que esa falsa creencia había puesto durante demasiado tiempo sobre sus ojos. Para Mazzeo, este quiebre en la relación entre el viejo general y su joven corresponsal epistolar es fundamental en la biografía de Cooke y en la formación misma de lo que nos propone llamar “cookismo”.

(Por lo demás, esa transformación –o esa confirmación de una orientación– “hacia la izquierda” en las ideas de Cooke no debería pensarse en espejo o como la contrapartida de un cambio simétrico y en sentido opuesto, “hacia la derecha”, de las de Perón. Por el contrario, se ha considerado ya en muchas ocasiones –Roy Williams viene de hacerlo con sensibilidad y erudición en el capítulo final de un libro particularmente sistemático de reciente aparición– el modo en el que las luchas de los pueblos del Tercer Mundo en general y de América Latina en particular en aquellos años 60 sobre los que ahora estamos conversando influyeron *también* profundamente sobre las ideas políticas del viejo conductor del justicialismo, que incorpora en sus escritos y en sus discursos de esos años las temáticas del imperialismo y de la dependencia y el imperativo de la liberación y la autonomía en la naciente “hora de los pueblos” de la periferia del planeta. Está claro, desde ya, que el modo en el que Perón piensa estos problemas –en una línea que Cooke conocía bien, y que era la de la condena de los “dos imperialismos” que ocupaba un lugar central en sus ideas y en sus escritos desde los años ya lejanos de *La comunidad organizada* de fin de los 40– es distinto que el modo en el que lo hace su ya desplazado delegado de los años anteriores. Pero sería incorrecto afirmar que el “giro a la izquierda”, si pudiéramos hablar así, de los escritos y la acción política del “Bebe” se contraponen a un contemporáneo “giro a la derecha” de las posiciones del –ahora– “Querido General” al que el fiel Cooke se obstinaba en seguir haciendo llegar sus pareceres. Más bien debemos pensar, en el vértigo de esos años tan intensos, en dos formas diferentes en que dos dirigentes políticos de inusual envergadura acusaban recibo de las primicias de las luchas de los pueblos del sur del mundo en general, y de América Latina en particular, para inscribirlas en el interior de sus cuadros de interpretación de la realidad política argentina.)

Como sea, una tesis fuerte de Mazzeo es que no se trata *solamente*, para evaluar esta transformación en las posiciones de Cooke y en su valoración del peronismo como estuche contenedor de sus ideales de transformación política y social, de ponderar el impacto de la revolución cubana sobre las convicciones de nuestro hombre ni el modo en que la experiencia que se abrió con ella modificaría su percepción sobre la política en América Latina, sino también de comprender *el modo en el que Cooke mismo comprendió* que algo muy importante había pasado en la Argentina que hacía de la retórica y de la orientación política “populista” del peronismo una retórica y una orientación cada vez más

decididamente obsoletas. El asunto constituye la materia de un capítulo particularmente importante en el recorrido muy sistemático que Mazzeo nos propone en este libro, que es el que, bajo el título de “El contexto estructural”, da cuenta de una idea que Mónica Peralta Ramos expuso muy clásicamente en un importante trabajo varios años posterior, a saber, que el peronismo podía pensarse como la expresión política de una objetiva coincidencia entre los intereses de un cierto sector de la burguesía argentina y los de la clase obrera en una cierta etapa de la historia del capitalismo en el país, signada por la acumulación del capital sobre la base de la extracción de “plusvalía absoluta”, por parte de esa burguesía, a la masa de trabajadores industriales. La modificación de las pautas de exportación del capital norteamericano a mediados de los años 50 habría hecho llegar a su fin esa modalidad de acumulación capitalista sobre la base de extracción de ese tipo de plusvalía, señalado la hora de la renovadora acumulación “por extracción de plusvalía relativa” y determinado la desaparición de las condiciones mismas para esa alianza circunstancial de clases, agotada la cual toda la retórica populista que la acompañaba empezaba a girar en el vacío.

De nuevo habría aquí muchas cosas para conversar, y viene enseguida a la memoria el formidable argumento con el que un muy joven –ya que lo mencionábamos al comienzo de estas líneas– Horacio González rebatía en una época tan temprana como 1971, en las páginas de la revista *Envido*, la pretensión de Gino Germani y de sus discípulos más destacados de que un hecho *político* como el peronismo pudiera explicarse apenas como la expresión más o menos “superestructural” de un conjunto de fuerzas determinantes de la economía. Pero no es este el tema de estas pocas líneas que nos quedan terminar de garabatear para cerrar este prólogo a este magnífico libro de Miguel Mazzeo, ni es de un economicismo tan craso –que desmentiría el tono general de un argumento ciertamente mucho más sofisticado– la pretensión de Mazzeo en este capítulo que ahora comentamos. En todo caso, lo que sí vale la pena señalar de este argumento de Mazzeo es que sería la comprensión de Cooke de todo lo que se había modificado en la estructura económica y social de la Argentina desde mediados de la década del 50 lo que permitiría explicar el sentido general de su militancia en los años finales de su vida. De esta rica militancia de Cooke en esos años Mazzeo se detiene en dos cuestiones que merecen especial destaque: su activa participación en una cantidad de revistas no tan conocidas como las que dirigió o animó en otras etapas de su carrera, y que Mazzeo hace muy bien en recuperar en este punto, y las distintas intervenciones que lleva adelante en el sentido de una reivindicación (o por lo menos no de un rechazo de principio) del método de la lucha armada –en un contexto en que el puro “ajedrez” electoral, como lo llama Cooke, empezaba a revelarse insuficiente– en la coyuntura política que se abría en el país.

Escribimos más arriba la palabra “ambigüedad”. Lo hicimos en plural: *ambigüedades*. Nos referíamos, glosando a Mazzeo, a algunas de las que, en su opinión, habían signado las posiciones de Cooke durante su larga “transición” desde las zonas confusas e indeterminadas del peronismo en el que militaba hacia la conquista de una comprensión más nítida de las condiciones para una acción política inequívocamente emancipadora. “Es

decir: socialista”, dice Mazzeo. La palabra vuelve a aparecer en su consideración de la revista *Peronismo y socialismo*, que dirigía Juan José Hernández Arregui y que en 1973 dedicó un número a la memoria de Cooke, solo que –observa Mazzeo– en el marco de un penoso conjunto de, de nuevo, “*ambigüedades*” que lesionaban sus promesas mejor intencionadas. Lo que aquí querría señalar –y no me reprochará Mazzeo que no me resista a aceptar el enviñón polémico de su libro– es que, con todo lo problemáticas que nos resultan siempre las ambigüedades, es imposible (además de inaceptablemente anti-cookiano) suponer que será sacándonoslas de encima como vayamos a conquistar una comprensión más ajustada sobre la política, que en un sentido importante existe *justo porque existen estas ambigüedades*, esas zonas inciertas, esas indeterminaciones y confusiones en el orden de las palabras y en el orden de las cosas. Todos temas de Cooke, que mentaba una de las más interesantes confusiones de la política nacional con su célebre “En la Argentina los verdaderos comunistas somos nosotros, los peronistas”, y que rechazaba, en lugar de celebrar, a los amantes de una política “de compás y tiralíneas”, necesariamente desajustada respecto al carácter siempre más complejo que tiene la costumbre de presentar la vida efectiva de los pueblos.

Esta última es otra palabra interesante, y es otra palabra ambigua. En el peronismo ocupa un lugar muy importante, aunque también en este punto Mazzeo no deja de deplorar que su “excesiva flexibilidad” la vuelva con frecuencia una máscara encubridora de lo que de verdad importa conocer de las sociedades, que es su estructuración en *clases sociales* contrapuestas, y un pretexto para ideologías consensualistas y encubridoras del conflicto entre las mismas. Pero es que hay algo de insanablemente ambiguo y equívoco (de nuevo, y de nuevo esto no es un problema, sino una condición para que pueda haber, en torno a estas cuestiones, una discusión que merezca propiamente el adjetivo de *política*) en relación con la propia *palabra* “pueblo” y con lo que esa palabra nombra. Que a veces es el *todo* del cuerpo social (como cuando decimos “los representantes del pueblo de la nación argentina”: allí “pueblo” *somos todos*, y de allí puede seguirse, sí, una teoría eventualmente armnicista que está en la base de las críticas “por izquierda” que el populismo tiende a recibir de los marxismos) y otras veces es *una parte*, la parte *pobre*, de ese mismo pueblo (como cuando decimos “los pobres están hartos de la arrogancia de los ricos”: allí “pueblo” *no son* todos, y no son, por empezar, los ricos, que son, *por oposición*, el “anti-pueblo”, la oligarquía o lo que se quiera). Viejo problema, que tenían también los antiguos griegos con su igualmente ambigua palabra *démos*, portadora de la misma indeterminación y, por lo mismo, de la misma riqueza, que no ganamos nada con deplorar ni con intentar “superar” en beneficio de la mayor claridad de alguna otra voz menos concesiva.

Algunas de estas discusiones están presentes en las más actuales teorías sobre otro de los problemas (el último de los que aquí quiero considerar) de los que aborda Mazzeo en este libro, que es el problema del populismo. La propia *palabra*, de nuevo, “populismo”. Que Mazzeo utiliza, como aclara la primera vez que la convoca, en un sentido diferente al que le da la derecha más convencional, pero quizás también en un sentido que la priva de la –otra vez– *productiva* “ambivalencia” con la que carga, y que es la que permite nombrar con ella

*tanto* su dimensión de apertura y de conflicto (que es la que a la derecha le resulta inaceptable, y la que subrayaba como fundamental en sus escritos el último gran exponente de la “izquierda nacional” de la que aquí se habla: Ernesto Laclau) como su complementaria dimensión de cierre y de aspiración a la unidad, que Mazzeo entiende como lo propio (como lo condenablemente propio) del populismo peronista. Así presentado, claro, ese populismo no tiene *nada* que ver con el pensamiento del marxista Cooke. Pero todo el sutil argumento de Mazzeo no apunta a mostrar esa mutua extranjería, sino, por el contrario, a entender cómo el marxista Cooke pudo –por así decir– *surgir*, en determinadas circunstancias y bajo determinados estímulos, de entre las entretelas (de entre las oscuras y ambiguas entretelas) de ese mismo populismo, sobre el que justo por eso debemos seguir esmerándonos en construir una mirada capaz de captar en toda su complejidad las distintas facetas con las que, como una esfinge reservada y misteriosa, nos sigue desafiando.